

MEMORIA DE CRISTAL

Muchos piensan que recordar es duro. Echar la vista atrás, observar todo el sufrimiento pasado, aquellas épocas sombrías donde aún no habíamos alcanzado a ser esa persona en quien hoy en día hemos logrado convertirnos. Sin embargo, eso es lo que más me gusta a mí. Pensar en mi historia.

Nací en un pueblo pequeño, como todos los que conocí durante mi infancia. Pasé mis primeros años junto a mi familia, colaborando en las tareas del hogar para así ayudar a mi pobre madre con toda la carga que ella tenía que soportar: un hogar a mantener y cinco hijos a quienes dar de comer. Éramos de condición humilde, pero poseíamos una finca y un amplio rebaño de ovejas. Este era el motivo por el que, una vez cada cierto tiempo, éramos los responsables de conducir el ganado del pueblo a pastar a las tierras altas. Aprendí a hacerlo de bien chica pues no se me necesitaba en el cuidado de la casa. Para ello ya estaba mi hermana, más aplicada y laboriosa que yo. Aún no sumaba los trece años cuando cogí mi primera vara de avellano y abrí la alambrada, con más miedo que ovejas era capaz de contar (en la escuela no aprendí mucho, pero esa es otra historia por narrar). Subimos monte arriba, sin encontrar ningún vecino por el camino, pero bien es cierto que los de las tierras altas no frecuentaban los *praos* como nosotros hacíamos. Conseguimos abrir la verja sin ningún percance y ese fue el momento en el que por fin pude sentarme. Pero tampoco logré reposar mucho, pues no era mi intención causar un susto al no llegar antes de que el sol se escondiera por la herradura de la montaña.

Tras aquella primera gran excursión, mi trabajo se repitió en reiteradas, innumerables ocasiones más. Por los campos de abajo ya me conocían por trabajadora, diciéndose que no había moza más trabajadora que yo en todo el pueblo. Incluso se me llegaba a comparar con mi bella prima Prudencia, diciendo que más valía la simpatía de la Dora que toda la belleza de Pruden. Me hice un hueco en los nobles corazones de toda esa gente, alegrando con mi sonrisa tanto como ellos me alegraban a mí y a mi familia al obsequiarnos de vez en cuando con una buena hogaza de pan o un queso recién elaborado.

Pero como bien podréis imaginar, no todo era tan sencillo. Largos eran los días y efímeras las noches en esas tierras, debiéndonos levantar antes de la salida del sol para ser buenos corderos del señor (nunca fui yo muy creyente, pues las ovejas en las que creía eran las mías propias y estas me hacían trabajar bien duro, pero debíamos cumplir). La inexperiencia de la primera ruta se olvidó, convirtiéndose mi tarea en una rutina. Y los días de primavera en los que el sol se dejaba ver unos instantes... yo me dejaba caer, sobre una tersa roca, y disfrutaba de aquella energía más de lo que os podríais imaginar.

Como bien podréis comprender, mis ánimos de subir y bajar montes fueron decreciendo al aumentar mi edad. No dejé de trabajar, ni me excusé como otras que tan bien conocía, pero ansiaba ir más allá, seguir el ejemplo de otros que ya habían hablado antes. A fin de cuentas, mi historia aún no eran más que un montón de hojas en blanco, un montón de lana recién esquilada.

Por ello fue que marché a Bilbao a servir. Mis nervios no podían siquiera ser comparados con los que sentí el primer día que guie el rebaño. Mi nueva vida comenzaba a las puertas de aquel chirriante bus. Los Maruri eran una buena familia. Comíamos bien e incluso nos permitían ir los domingos al centro a pasear. Les encantaban los discos y a mí me empezaron a apasionar. Notas bailarinas, melodías sonoras, tacones repiqueteando en aquellos suelos de madera recién barnizados... Debía mantener la compostura, pero mi pecho se agitaba en mi interior cuando aquel vibrante sonido comenzaba a caer. Una nota detrás de la otra, un pie girando en torno al otro, un círculo, media vuelta.... hasta que la esquina del mueble me hacía volver a la realidad, a seguir limpiando para así no decepcionar a mi señora.

Fueron unos años felices. Comencé a relacionarme con la jefa de cocina de la familia, una señora ya entrada en años, robusta y mandona. Siempre debía tener todo bajo control y de ella aprendí yo todo lo que llegué a saber de este arte. Albóndigas en escabeche, croquetas de jamón, bacalao al pilpil... No había quien se resistiera a uno de esos maravillosos manjares.

Gracias a ellos me contrataron más tarde en la clínica hospital de la ciudad. Necesitaban una cocinera y claro estaba que no pudieron decirme que no. Volví a llenar el corazón de las gentes, cuyas sonrisas valían más que los ingresos que mandaba mensualmente a casa. Enfermos de todas las edades y condiciones comían de mis ollas y sartenes, suplicándole los enfermeros recibir una parte ellos también. “¡Más vale ser enfermo!”, solían decir. Varios años estuve en dicha clínica, años en los que rara vez escuché una nota repiquetear. Pero no os preocupéis. Estas volvieron tan pronto como regresé a mi hogar. Ya con reputación lograda, no tardaron en invitarme un par de mozos a un nuevo salón de baile situado en el pueblo contiguo. Después de la jornada de trabajo nos arreglábamos las jóvenes del pueblo con los vestidos que nosotras mismas habíamos elaborado y al sonar la quinta campana nos juntábamos en la iglesia, donde empezaba el camino de ascenso al salón. Todo en dicho lugar me enamoraba. Los colores intensos, el continuo parloteo de la gente, las fuertes risas que se contagiaban allá por donde girabas. Pero, por encima de todo ello, el ferviente sonido de las melodías, todas ellas provenientes de un inmenso tocadiscos situado en el extremo norte del salón. Ahí siempre acudía yo, acercándose a mí los chavales a sacarme a bailar. Fue el más torpe de todos con el que más bailé yo. Aún recuerdo la primera vez que se acercaron esos hombres a mis amigas y a mí. Habían llegado de la mina, pues ese color no se perdía del

rostro ni de las manos por mucho que uno frotase. Se acercaron entre risas y nosotras no tardamos en caer en sus brazos y dejarnos llevar al centro de la pista. Y baile tras baile, noche tras noche, me fui enamorando de ese hombre con el que una década más tarde partí a Australia. Él primero, en barco, marchó con los demás hombres a dejar todo preparado para nuestra llegada. Y así nosotras, meses después, cogimos nuestro primer avión entre llantos, despedidas y alguna que otra canción, confiando en que la suerte no se alejase de nuestro asiento. Nunca aprendí muy bien el inglés, pero sí lo justo para manejarme en ese país. Mi amiga Ramonita y yo, mientras nuestros maridos trabajaban en la fábrica, nos ocupábamos de los recados, dejando todo listo para su vuelta al hogar. Aún recuerdo aquellos buses, rodeadas de altas voces cuyo significado no comprendíamos. Más de una fueron las veces en que los insultamos a todos ellos, sin ellos tampoco comprender nada de lo dicho a través de nuestras españolas bocas. Qué habrá sido de la Ramonita. Qué buenos momentos pasamos juntas.

Y al año transcurrido, llegó mi primera criatura. El niño Alberto, a quien siempre tanto he querido. No fui capaz de dar a luz por mí sola, necesitando de un corte en la tripa para sacar al pequeño al mundo. Pero una vez más, la suerte estuvo de nuestro lado y pudimos volver a los pasodobles. Fue cuando mi Alberto se puso malo cuando me di cuenta de que no podía permanecer más tiempo en tierra desconocida. No entendía qué me decían los médicos, por lo que cogí el primer avión de vuelta a España. El abuelo lo cogió más tarde, ... “¡Abuelita! ¿Qué haces ahí sentada tan *quietuca*?” Me giré sobresaltada. No me había dado cuenta de la llegada de esta muchacha, cada vez oigo peor. Me frotó los oídos y la vuelvo a mirar. Me sonrío, con unos ojos verdes que me recuerdan a los míos. “¿Cómo estás abuelita? ¿Qué tal la tarde?” No recuerdo quién es, pero tiene una sonrisa muy bonita. Y menudos ojos tan intensos y brillantes. Tal vez sea la Ramonita... Se acerca y me da un beso en la mejilla. Se sienta a mi lado, pasando su brazo por encima de mis hombros. Me apoyo inconscientemente en él, dejando reposar mi cabeza a la vez que cierro los ojos. “¡Hola!” Ha aparecido otra joven. Esta tiene los ojos marrones y un largo y frondoso pelo que me recuerda a un matojo de trigo. También me sonrío, pero sus ojos no son como los de la otra... “¡Venga, abuelita! ¡Levántate!” ¿Pero quién se supone que es esta muchacha? ¿Y por qué me trata así, dándome órdenes para levantarme? Me comienza a hervir el interior. Desde luego, habría que ver a estas muchachas y las que nosotras éramos. Han perdido toda la educación y formalidad. “¡Venga, abuela! ¡Arriba! ¡Vamos a dar un paseo!” Mi mirada se enciende de odio. ¿Quién es esta muchacha? ¿Qué se cree tratándome así? Después de todo lo que yo he trabajado... Se acerca a mí. Me posa la mano sobre la rodilla y ya no puedo ocultarlo más. “¡Fuera! ¡Aléjate de mí!” – le grito, con gran impotencia. Me mira asustada para a continuación dirigir la mirada a la otra muchacha. La miro yo también. Qué ojos tan bonitos... La morena vuelve a hablar: “Venga, abuelita. Vamos juntas a tomar algo. ¡Un chocolate con churros, que sé yo que tanto

te gusta!” No puedo aguantarlo más. Esta niña es una insolente. Encima osa llamarme abuela. Yo no soy su abuela. Estoy segura de que solo viene a por el dinero de la herencia. El que tanto me ha costado conseguir a mí. Solo soy capaz de sentir odio hacia ella. Levanto la mano y la abofeteo la mejilla, con un golpe rápido y eficaz. Observo cómo se le saltan las lágrimas. Mira a la muchacha de los ojos verdes y, sin poder contenerse, rompe a llorar. No ha podido ser el impacto, no la he golpeado tan fuerte. La muchacha del pelo estropajo vuelve a hablar, pero esta vez se está comunicando con la otra: “Gema, ya no puedo más. No puedo seguir así. Echo de menos a la abuela, esa mujer que hacía croquetas y bailaba sola pasodobles como la mejor. Y lo peor de todo es que únicamente es culpa del Alzheimer. Está acabando con todos nosotros.”

No entiendo nada. ¿Qué está diciendo esta muchacha?

Claudia Porras Claudios. Narrativa Bachillerato. IES Muriedas